

turales del globo terrestre; «demuestran á maravilla que *toda obra del Señor está llena de su magnificencia* (1), y prueban que Dios no ha abusado de su espiritualidad, pues que siendo naturalmente invisible, se hace reconocer en sus criaturas (2).» A más, vemos también que todo cambia sin cesar y revela su propia contingencia, y por tanto su dependencia de un ser necesario (3).

«Todo efecto subordinado á otro efecto nos obliga á remontarnos hasta una causa independiente (4).—El orden admirable que se observa en las sustancias de la naturaleza no puede ser determinado por ellas mismas, ciegas como son; luego debe atribuirse á una inteligencia soberana (5).—Finalmente, la ley supone un agente dotado de fuerza y buen sentido; de donde el poeta Racine cantó ya á este propósito:

«Il n'est jamais de loi sans un législateur (6).»

«Con tales lecciones, el médico (diré con Tertuliano) no puede menos que llegar á ser un excelente discípulo de la naturaleza (7); y singularmente porque el Arte de curar ha sido considerado siempre como el hijo predilecto de la razón, y cual espejo que mostrando la humana fragilidad, pone de relieve la inmediata dependencia del Criador (8). (Scotti).»

(1) Eccli., XLII, 16.

(2) S. Atanas., *contra idol.*, n. 35. Op., tom. I, pág. 27. Padua, 1777.

(3) Ved. Clarke, *De l'existence, et des attributs de Dieu*. Trad. del inglés, tom. I, c. III y IV, pág. 21 y sigs. Amsterdam, 1727.

(4) S. Tom. *Summ. Theol.* P. I, q. 2, art. 1.º y *contr. Gentes*, lib. III, c. LXXII y sigs.

(5) Paley, *Teologia Nat.*, c. I, trad. del inglés. Roma, 1808.

(6) Luis Racine, *Poème de la Religion*, chant I.

(7) *De Resurrect. Carnis*, c. XII.

(8) V. P. I, c. I.

CAPÍTULO II

* La Psicología, asignatura fundamental de la Medicina, y la Física y Química, ciencias auxiliares de la misma, suministran poderosos argumentos contra las sectas materialistas.

Concepto del materialismo moderno acerca del alma humana.—El alma humana según la Filosofía.—Las leyes y propiedades de la materia son contrarias en absoluto á los atributos y operaciones del alma.—El alma racional es también sustancia perfectamente inmaterial y espiritual.—Libre albedrío.—Memoria.—Lenguaje.

I. — **Concepto del materialismo moderno acerca del alma humana.**— El alma, dice, no es sustancialmente distinta de la materia; es la materia misma organizada de cierto modo. El alma es un efecto y no una causa; es una fuerza resultante, no una fuerza motriz; es una función de la materia, y bajo este aspecto considerada es superior á ella, como la melodía es superior al instrumento, aunque bien entendido no existiría sin él. El alma, en fin, es la vibración del cuerpo, el *eco* de la materia.

Esta es su definición poética. He aquí ahora la definición anatómico-fisiológica. El alma es el conjunto de las funciones del sistema nervioso encéfalo-raquídeo; el grupo de funciones de la sensibilidad encefálica.

«El *sensorio común* es la concentración de sensibilidades parciales del organismo, sostenida por la fosforescencia de las células nerviosas.—La *percepción*, un estado del cerebro, resultante de las impresiones recibidas por los nervios periféricos.—El *pensamiento*, la actividad general de todas las partes del encéfalo; actividad inherente á la sustancia cerebral, como la contractibilidad á los músculos, y la elasticidad á los cartílagos.—*Reflexionar* es simplemente entregar al automatismo de las células cerebrales una determinación tomada.—La *memoria* representa una propiedad primordial de los elementos nerviosos.—*Sensibilidad moral* es la síntesis puramente fisiológica de todas las actividades nerviosas (1).»

La noción de la personalidad, la génesis de las ideas, los actos del juicio y la voluntad, en una palabra, todas las operaciones de la esfera psico-intelectual, encuentran su origen en la sensibilidad de los elementos nerviosos.

(1) V. Luys, *El cerebro y sus funciones*, pág. 86, 111 y 151.

«Todo pasa en el cerebro de una manera inconsciente y automática por la virtud propia de los aparatos que atraviesan los procesos evolutivos,—como si se tratara de una simple operación refleja, desarrollándose á través de la red gris medular,— como si se tratase de un cuerpo extraño, de una sustancia tóxica introducida fortuitamente en el estómago, y operando de un modo fatal su marcha á lo largo de las regiones sucesivas intestinales (1).»

En la esfera intelectual «todo sucede de un modo fatal é irresistible á nombre de la actividad anatómica, que reina como soberana, y se convierte por sí misma en la sola fuerza que dirige y manda la serie de operaciones de la intelección. En efecto; ella es la que crea narraciones, la que guarda nuestros recuerdos cotidianos, encadenándolos á los acontecimientos recientes, y la que siempre actual, siempre activa, por un fenómeno extraño acerca del que nos engañamos sin cesar, se abre paso bajo la forma de espontaneidad en nuestras ideas, palabras y actos, viniendo á ser así la expresión más viva y elocuente del vigor y vitalidad de las regiones cerebrales que le han dado origen (2).»

Esta es en resumen la doctrina de los actos reflejos del cerebro. El resultado científico de este sistema, á parte de sus consecuencias morales, es la muerte de la Psicología, y como consecuencia un caos laberíntico de incoherencias, un abismo de contradicciones (3).

(1) Todo esto no es más que una repetición de lo que decía ya Cabanis en sus *Relaciones de lo moral y de lo físico del hombre*, tom. I, pág. 152: «El cerebro es el órgano particular destinado á producir el pensamiento, como el estómago y los intestinos á hacer la digestión.»

(2) Luys, *op. cit.*, pág. 183 y 241.

(3) V. Perales, *Estudios psico-fisiológicos*, pág. 31 y sigs. Granada, 1881, de donde extractamos estos conceptos.—«Hay actualmente en Europa y en las regiones más civilizadas del nuevo mundo, una vasta escuela de investigadores, no me atrevo á llamarles pensadores, exclusivamente dedicados á las ciencias físicas y naturales, que no admiten otras verdades ni certidumbres que las adquiridas por la observación exterior y sensible. No reconocen más autoridad que la de la ciencia experimental.

La principal causa de esta tendencia á separarse de la metafísica y á negar toda filosofía, es la carencia de verdaderas nociones filosóficas; es el antiguo sofisma de la escuela que consiste en hablar de lo que no se conoce, *ignoratio elenchi*; es, en una palabra la ignorancia. En los sabios materialistas ó positivistas con frecuencia se encuentran dos hombres: el observador, el experimentador, el físico, el naturalista... y el pensador, el filósofo teórico. Aquél puede ser eminente, y éste adocenado ó nulo. El público no distingue entre ellos, y concede la misma autoridad á uno que á otro: tal es el triste origen del desorden intelectual y doctrinal en la presente época... Preciso es, pues, obligar á sentarse de nuevo en los bancos de la cátedra de filosofía á estos maestros de la ciencia, y enseñarles metafísica.

Hay en la filosofía una parte objetiva, que la componen la cosmología, la antropología, la teodicea y desde ciertos puntos de vista la psicología; y una parte subjetiva, que comprende la lógica y la metafísica. Esta tiene por objeto las ideas primordiales de la razón humana, es decir, el pensamiento mismo, en tanto que la

II.— **El alma humana según la Filosofía.**— Si no hemos dado al olvido las nociones inscritas en las inmortales páginas de la Psicología, echaremos de ver que bajo el nombre de *alma racional* ó humana, todos los hombres entienden aquella realidad ó naturaleza que existe dentro de nosotros como principio de sentir, de imaginar, de entender, de juzgar, de raciocinar, de amar, de aborrecer, y, en general, de poner ó no poner libremente ciertos actos ó movimientos.

Veremos que este principio, aunque sustancial, puede y necesita unirse á un cuerpo provisto de determinados órganos para que resulte la naturaleza del hombre, una persona, un *yo humano*, un operante por sí mismo; puesto que sin la cooperación real y eficaz de dichos órganos no puede poner y ejecutar algunos de sus actos y funciones, v. gr. las de la vista, del oído, etc. Que el *yo humano* no es el alma sola, ni el cuerpo solo; el *yo humano* es la persona humana, y ésta es el supuesto, el individuo resultante de la unión sustancial del alma con el cuerpo.

Notaremos también que el alma racional es *simple y una*, y como su sustancia es perfectamente inmaterial y espiritual.

Que el alma es *sustancia* lo demuestra la identidad y permanen-

lógica trata de las secundarias, esto es, de las leyes del pensamiento. ¡Y cosa singular! entre los más fogosos detractores de la metafísica, no hay uno solo que no pretenda razonar con la mayor exactitud, atribuyéndose el mérito de respetar la lógica; y sin embargo, la lógica, como todas las ciencias particulares, se deriva de la metafísica, y no puede vivir sin ella. Negar la segunda es suprimir la primera.

Con fundamento ha dicho un gran pensador y escritor ingenioso: «Todo el «saber humano es como un árbol, cuyas raíces están en la metafísica.» Que el positivismo más atrevido ensaye á definir la ciencia como la entienda, á analizar la operación intelectual más elemental, á aplicar su método predilecto á un orden cualquiera de hechos; á cada paso, á cada afirmación tendrá, mal que le pese, que apoyarse en una verdad primera, absolutamente indemostrable, en un principio del pensamiento puro, anterior á toda observación; es decir, hará metafísica sin quererlo ni saberlo.

La metafísica es como el pensamiento: «se la puede negar ejercitándola, es decir, cayendo en contradicción manifiesta.» Así lo entendía Claudio Bernard al escribir (*Phénomènes de la vie*, tom. I, pág. 291): «La metafísica participa de la «esencia misma de nuestro pensamiento; no podemos hablar más que metafísica-mente. No soy de los que creen que se puede suprimir la metafísica. Entiendo, «más bien, que es preciso estudiar el papel que desempeña en la concepción de los «fenómenos del mundo exterior, para no ser víctima de las ilusiones que puede «engendrar en nuestro espíritu.» Por esto recomendamos siempre la distinción de dominios y de métodos, la división del trabajo. Sólo que, diremos con M. Barthélemy Saint-Hilaire: «La metafísica tiene menos necesidad de la ciencia, que la «ciencia de la metafísica.»

En conclusión: la metafísica, además de poseer certidumbres que le son propias, lleva en sus entrañas todas las certidumbres; no hay una sola que no proceda más ó menos directamente de la metafísica. Para honra y felicidad de los hombres, mientras haya seres pensadores y racionales, la metafísica no cesará de derramar torrentes de luz sobre sus más obstinados enemigos. (*Apol. cient. de la fe crist.*, por Duilhé de Saint-Projet, § II, pág. 54 y sigs. Trad. esp.)»

cia de la misma en el flujo y reflujo de acciones y pasiones que continuamente la están modificando. Esta prueba la podemos dar fácilmente atendiendo á los fenómenos que se suceden de continuo en el retrete de nuestra conciencia, y da la convicción de que este principio es una cosa *sustancial*, y no un accidente ó simple modificación.

No es menos incontestable la *simplicidad* del alma racional; puesto que siendo ésta el principio y el sujeto del pensamiento, necesariamente debe ser simple y una ó indivisa, como lo es el pensamiento, el cual es inconcebible é incompatible con la multiplicidad de sustancias. En efecto; si el *yo* pensante consta de muchas sustancias, éstas ó son simples ó compuestas. Si lo primero, ó piensan todas ó una sola: si piensan todas, esta multiplicidad de pensamientos debería reflejarse en la conciencia, no habiendo razón para que se refleje ó manifieste el pensamiento de la una y no el de la otra: si piensa una sola, sobran las demás, y de todos modos tendremos ya una sustancia simple que piensa, que es precisamente lo que llamamos alma racional: es decir, que la cuestión en esta hipótesis, ya no versará sobre la simplicidad del alma, sino sobre si hay una ó muchas en el hombre.

Añádase á esto, que el *yo* pensante es el mismo *yo* que *quiere*, que *siente*, que *reflexiona* y que compara unas con otras estas varias operaciones, reuniéndolas en la *unidad* de conciencia, lo cual es inconcebible con la multiplicidad de partes ó de sustancias (1).

III.—**Prosigue la misma materia.**—«¿ Se quiere una prueba evidente de la subsistencia del alma? Vedla aquí. El hombre dice *yo* en todas las fases de su existencia. El niño irreflexivo y descuidado, cuya viva imaginación revolotea cual mariposa sobre las primeras flores de

(1) V. Zeferino González, *Filosofía elemental*, tom. I, lib. II, pág. 344 y sigs., de donde tomamos casi literalmente estos conceptos.—Mendive, *Psicología*, página 6 y sigs.—Orti y Lara, *Filosofía natural*, vol. II, pág. 125 y sigs.—«La queja de los físicos acerca de ignorarse en qué consiste semejante principio vital (alma), no tiene razón de ser. Acostumbrados éstos á medirlo todo con la sola experiencia de los sentidos, creen que el principio espiritual es desconocido porque no lo ven gotear en un alambique ó quedar en el fondo de una retorta. Con tal antojo, no sólo se daría al traste con la certeza de los objetos de la metafísica, si que también el escepticismo atacaría las mismas fuerzas físicas de la materia, que son aún insensibles por sí mismas. Vemos el movimiento de los cuerpos, sentimos su mayor ó menor temperatura, y oímos sus varios sonidos: mas ¿quién puede decir que ha visto, tocado ú oído la virtud motora, la virtud calorífica, la virtud excitante de las vibraciones sonoras? Las inferimos por sus efectos, por cuyo medio vienen entendidas y definidas. Así sucede en el alma. No la percibimos por el sentido, sino por el entendimiento, que la deduce por sus fenómenos, y por orden á los mismos determina sus esenciales caracteres. (Liberatore, *Del compuesto humano*, página 520 y sig. Trad. esp.)»

la vida, dice *yo*; el adolescente que ve abrirse ante sí diversos caminos de la vida... dice *yo*; el joven que pelagra en la lucha, y clama á Dios que le salve, dice *yo*; el hombre maduro que comienza á comprender la vanidad de las cosas humanas, y escucha atento los apresurados pasos de la eternidad, dice *yo*; el anciano que por algunos años llora sus faltas, y confiado en la misericordia de Dios espera cada día el fin de sus miserias, dice *yo*; *yo*, siempre *yo*, el mismo inmutable *yo*. Ciertamente que tenemos conciencia de nuestra identidad, y no obstante nos mudamos á cada minuto. En su perpetuo movimiento aseméjase la materia á un río de rápida corriente, en que una onda sucede á otra onda; pudiendo la ciencia determinar matemáticamente el día en que no quedará en nuestro cuerpo un átomo de lo que actualmente somos. A pesar de esto, el hombre dice *yo* en todo momento, y lo dirá siempre. Afirmación que sería imposible si no constara más que de materia, porque en la fuga y sucesión continua de los elementos que le componen, perdería infaliblemente la conciencia de su identidad. No podría conservar esta conciencia si no existiera una sustancia inmóvil que ve pasar la corriente de la vida, y une, en su inmutable simplicidad, la ola que llega con la ola que se va (1).»

IV.—**Las leyes y propiedades de la materia son contrarias en absoluto á los atributos y operaciones del alma.**—La última palabra de la ciencia sobre la constitución elemental de la materia es, que en todas sus formas y combinaciones se presenta siempre como una cosa extensa, múltiple y divisible: en esta materia que se fracciona y subdivide, todo se calcula, mide y cuenta, y aun en los casos en que la investigación científica no alcanza los intersticios invisibles que separan el elemento del elemento, ó un átomo de otro, se sabe y se proclama que estas divisiones subsisten en el seno material por más que todavía oculte una parte de sus secretos.

El alma humana hemos visto por el contrario que es *simple*; porque siendo el principio y el sujeto del pensamiento, es necesario que sea uno y simple cual éste lo es.

Ahora bien; ¿ acaso con la noción expresada de la materia podría alguien explicar esa cosa tan sencilla é indivisible que revela la palabra *yo*? Si el *yo* no fuese más que otra de entre tantas moléculas, ¿ cómo podría identificar consigo mismo la acción de sus hermanas colocadas fuera de ella? Y si se pretende que el *yo* no es otra cosa que una serie molecular, ¿ cómo es que permanece indivisible por esencia?

(1) Monsabrè, *Confer. de N. S. de Paris*, tom. IV, pág. 142. Trad. esp.

Es imposible, en efecto, concebir una fracción, una parte de ese *yo* que se formula *todo* en la totalidad indivisible de su ser; mientras por el contrario, se comprende perfectamente *uno* é indivisible por esencia la humana personalidad (1).

V. — **El alma racional es también sustancia perfectamente inmaterial y espiritual.** — En efecto, el alma es una sustancia superior á todo el orden corpóreo, incompatible con la naturaleza de todo cuerpo, y elevada sobre las condiciones de la materia. ¿Qué es, sino, lo que manifiesta y demuestra la sustancia y ser de una cosa? ¿No es la operación que realiza? Indudable; puesto que «todo agente obra en «cuanto es tal ser, y las operaciones propias de una cosa son conformes y consiguientes á su misma naturaleza (2).» Luego si el alma es principio de actos y facultades incompatibles en absoluto con los seres materiales y corpóreos, es evidente que el alma es una sustancia espiritual.

Para hacerse cargo de este silogismo, basta recorrer las operaciones de ese *yo*, motor y centro de toda vida, y veremos abrirse profundos abismos entre la materia y el espíritu; porque ese *yo* es la potencia que dice: yo quiero, yo recuerdo, yo pienso, yo raciocinio, yo reflexiono, etc.

La operación principal y *propia* del alma es, pues, la *intelección*, ó sea conocer las cosas por medio de ideas y nociones universales é independientes de la materia; y como esta función es puramente espiritual, síguese que el alma es una sustancia perfectamente espiritual.

Para reconocer que la intelección es una operación ó acto propiamente espiritual, basta tener presente: 1.º, que es independiente por su naturaleza de todo órgano corpóreo ó material, pues de lo contrario no se hallaría en Dios y los Angeles, puros espíritus; 2.º, que las facultades y funciones que se ejercen mediante órganos materiales, por elevadas y nobles que en sí sean, refiérense sólo á objetos singulares y materiales ó extensos, cual acontece v. gr. en la imaginación, á pesar de su perfección relativa como facultad cognoscitiva superior á las demás del orden sensible: mientras que por el contrario, el entendimiento funciona acerca de los cuerpos bajo la forma de universalidad; 3.º, la intelección no sólo se refiere ó abraza los cuerpos en

(1) V. Perales, *Estudios psico-fisiológicos*, págs. 41 y 42, Granada, 1831, de donde tomamos estos conceptos.

(2) Operatio rei demonstrat substantiam et esse ipsius, quia unumquodque operatur secundum quod est ens, et propria operatio rei sequitur ejus naturam. (S. Tom. *Sum. contr. Gent.*, lib. II, c. LV).

universal, lo que demuestra que ella no puede pertenecer á ningún cuerpo real ó particular, sino que extiende su acción á objetos puramente inteligibles é independientes de toda materia, como son las razones de causa, de verdad, de justicia, de relación, etc. Y, lo que es más todavía, á seres pura y absolutamente espirituales, como Dios y los Angeles.

Esto basta para probar la espiritualidad completa y absoluta de la intelección, y consiguientemente del alma, que es su principio y sujeto; de lo contrario deberíamos admitir que la materia es capaz de engendrar una potencia superior á ella misma, puesto que podría ver y conocer aquello que es inmensamente superior á su naturaleza (1).

VI. — **Prosigue la misma materia.** — El *yo reflexiona*; es decir, refleja su pensamiento, se palpa y contempla á sí mismo cual un ser pensador; y esto mal se aviene con las leyes de la materia, aún considerándola raciocinadora, porque tal acto estaría en oposición abierta con la ley universal que, dominando á la naturaleza, obliga á toda fuerza material á desplegarse y obrar fuera de sí misma, sin poder replegarse nunca sobre sí propia, ó desplegarse contra sí.

El *yo juzga y raciocina*. ¿Y el materialismo concede tamaños honores á una molécula!... *Juzgar*, esto es, ver simultáneamente dos términos y sus relaciones: *raciocinar*, ó sea comparar las ideas que el entendimiento se ha formado respecto á la naturaleza y propiedades de las cosas; ver la conclusión, el principio, la verdad derivada en la verdad primitiva por un mediador invisible, tercer término que viene á colocarse entre los otros ante los ojos del que mira... ¿es posible atribuir todo esto á una función del cerebro, honrándole con operaciones que están por encima de la más elevada cúspide del mundo material? Porque el raciocinio, aun en los casos en que se aplica á los cuerpos, se verifica *sin* el cuerpo y sin el menor concurso del cuerpo: el raciocinio sobre cosas corpóreas, como enseña su definición, se realiza por lo que tienen de más inmaterial; es, pues, una operación del exclusivo resorte del espíritu, y los cuerpos representan el papel de objetos, no de cooperadores subjetivos (2).

Con mayor razón, no entra para nada el cuerpo en los raciocinios relativos á las cosas puramente espirituales. En efecto: cuando racio-

(1) V. Card. Fr. Zeferino González, *op. cit.*, pág. 348 y sigs., tom. I, de donde transcribimos, salvo ligeras modificaciones, literalmente estos conceptos. — V. *Estudios sobre la Filosofía de Sto. Tomás*, del mismo autor, lib. IV, c. III y IV. — Ráulica, *Filosofía cristiana*, tom. III, c. XIV, § 133.

(2) V. Perales, *ob. cit.*, págs. 44 y 45, de donde tomamos, con ligeras variaciones, estos conceptos literalmente.